Nueva Iteración

Iván Lausuch

8 de Marzo del 2025

Desperté desorientada. No tenía ni idea de quién era. Ni nombre, ni historia. Todo se había borrado como si una mano grande y despiadada hubiese sacudido la pizarra de mi mente. Estaba echada sobre piedra fría y dura, en un hueco en la pared rocosa lo suficientemente grande para ser llamado cueva. O así me parecía. Una luz láctea y mortecina de una mañana fría se filtraba a través de la entrada. Esta, como las fauces de un extraño demonio, estaba coronaba por estalactitas de hielo. Tras su protección se vislumbraba un mundo cubierto por un manto de nieve.

Tiritaba bajo una cubierta improvisada con los desperdicios de un abrigo azul oscuro completamente echado a perder. Grandes cortes que lo convertía en inutilizable.

Equipaba unos jeans, una blusa originalmente blanca aunque tremendamente sucia, y zapatillas deportivas llenas de barro. La escarcha y el frio mordía mi piel con dientes de hielo a través de mi ropa ligera. Mis dientes castañeteaban y de repente, algo dentro de mí, una especie de cableado duro en mi cerebro, como una chispa que se negaba a morir en ese silencio gélido, me impulsó hacia la salida. Así que me levanté. El movimiento despertaría el calor en mis músculos. Así que salí al exterior y noté que la cueva había sido un refugio.

El cielo, si es que era el mediodía, estaba tan blanco y amenazante como el suelo. Gracias a la gravedad sabía mi cuerpo conocía lo que era arriba y abajo, algo que mis ojos no podían discernir debido a la niebla que ocultaba todo a pocos metros. Había una ausencia absoluta de sombras. El paisaje era un laberinto de coníferas, abetos, y otros cuyos nombres se me escapaban como sombras al atardecer, una estampa que podría haber sido pintada por un Dios desinteresado, tan silenciosa y desolada. Había pocos signos de vida, algún pájaro lejano, pero solo los susurros del viento entre las ramas que invitaban a una falsa relajación, para luego arremeter con repentinas y punzantes ráfagas de viento gélido.

Mis pies se quejaban a cada paso, una protesta aguda de mis dedos entumecidos por el frío. Me acosaba el temor de que el daño fuese irreparable. Sin embargo, algo primordial me urgía a seguir, a descender ladera abajo como si en algún lugar de mi ser supiera que ese era el camino a seguir. Mientras caminaba penosamente y me hundía en nieve virgen cruzar los brazos en una mera ilusión de refugio. Lo hacía instintivamente, intentando preservar el calor fugaz que me quedaba, protegiendo el motor vital que aún palpitaba en mi pecho.

Después de un tiempo indeterminado, como si fuera un giro argumental en una de esas novelas de suspense, al introducir mi mano derecha en el bolsillo del pantalón, mis dedos, torpes y entumecidos, encontraron algo inesperado: ¡cerillas!. Me

reprendí mentalmente con una risa corta y sin humor. Podría haberme quedado en la seguridad relativa de esa cueva, encender un fuego, tal vez incluso haber evitado el lento abrazo de la hipotermia. Pero como un ser defectuoso, había seguido mi instinto más básico, el de moverme, de huir. Con la esperanza persiguiéndome como una sombra, comencé a recoger pequeñas ramas y líquenes secos arrancados por el viento; trofeos menores en una lucha contra un enemigo implacable como el frío.

Y entonces la encontré, una especie de salvación improvisada: un hueco dejado por las raíces de un árbol caído. Un santuario temporal creado por los elementos. Un lugar donde el viento, bloqueado por las raíces retorcidas, sería un mero observador de mi cobijo. Arrastrándome adentro, y tras comprobar que solamente tendría dos oportunidades, dos cerillas torcidas, golpeé torpemente las cerillas contra su caja rogando por una llama.

Mis dedos se negaban a funcionar correctamente y un presagio que me hizo contener el aliento. El primer intento falló echando a perder mi penúltima oportunidad. Metí las manos por debajo de la blusa robando un poco calor a mis órganos vitales hasta que los dedos retomaron la sensibilidad. Tras un momento, lo intenté de nuevo. En el segundo intento, una chispa prendió en los líquenes, y el pequeño fuego comenzó a nacer, tenue pero firme. Esa pequeña luz, bailando sobre los palos secos, parecía una antorcha contra la oscuridad, un sol en miniatura en mi propio y personal paraíso terrenal.

Allí, con el fuego luchando valientemente contra el manto de frío, supe que mi propia narrativa apenas comenzaba, que las respuestas a quién era yo –y quién sería– yacían en algún lugar más allá de esos bosques silenciosos. Había monstruos más grandes que enfrentar que el simple frío. Y yo, como protagonista renuente de mi propia historia de supervivencia, estaba decidida a encontrarlos.

Ensimismada por el baile de las llamas y adormecida por la repentina calidez, no me percaté. Una sombra, caminando por encima del árbol derribado. se acercaba sigilosa por detrás con los andares insonoros de un felino. Una cabeza de lobo gris se asomó entre las raíces quebradas. Eso es lo poco que pude ver antes de entender que unas mandíbulas fuertes y recias estaban cercenando mi garganta. Ni mi consciencia escapando de mi ser. Cerré los ojos y acepté mi destino.

SIMULACION COMPLETADA
RECOPILANDO DATOS...ok
CLASIFICANDO ACCIONES...ok
CLASIFICANDO PENSAMIENTOS...ok
OBJETIVOS CONSEGUIDOS 23/2034
ITERACIÓN 53456. REINICIANDO ...